

El Obispado aún fué más lejos, y el mismo día Varlet en el Consejo general acusó el moderantismo de su colega Dobsent. Dejando que subsistiera una autoridad legal, la del alcalde, se impedían las operaciones libres del comité revolucionario. Esto acusaba desde luego la debilidad de la insurrección moral de los Jacobinos, su negligencia.

Los Jacobinos estimularon al Obispado y éste trabajó con fervor. El día 1.º acordó que los oficiales municipales, iluminados con hachas y seguidos de la fuerza armada, leerían por todo París los decretos del 31 de Mayo «invitando á los ciudadanos á reconquistar sus derechos y defenderlos con las armas.»

Esta proclama incendiaria fué muy poco agradable al pueblo de París. Muchos que se asomaban al oír el estrépito de los tambores, al ver que los enviados no llevan insignias decían: «¿Quiénes son esas gentes?» y se retiraban dudando de si realmente pertenecían á la Comuna.

La mentira indigna de que se valió el Obispado para arrastrar á la muerte al arrabal de San Antonio creó legítimas desconfianzas. Dos secciones del arrabal durante los días 1.º y 2 de Junio se mostraron muy contrariadas. La de los Quince-Vingts acogió fraternalmente á los diputados de la de Butte-des-Moulins. La de Montreuil hizo declarar á la Comuna que se entregaba á los Jacobinos, lo cual políticamente quería decir que no se fiaba del Obispado.

La sección de Greuville declaró lo mismo y dijo que apoyaría más que una insurrección moderada, *la insurrección moral*.

Visiblemente el movimiento en vez de detenerse se aceleraba. Muchas secciones de las que habían sido armadas, sabían que difícilmente las gentes responderían al llamamiento y temieron significarse demasiado para no caer en sospechas.

Empleáronse medios violentos para reunir la guardia nacional en la mañana del domingo 2 de Junio y la más refinada astucia. En la sección del Observatorio los artilleros aseguraron que no conducirían los cañones más que á la plaza del Pantheon, y después, contra las órdenes precisas recibidas de la sección, los llevaron al Carrousel.

En muchas secciones se pudo poner en movimiento á la guardia nacional, diciendo falsamente que en los Campos Elíseos había estallado la insurrección á favor del rey.

En la sección de los Mercados se hizo creer que se trataba de conseguir la tan deseada tarifa de los géneros, destruyeron *la hidra de la inspección y fiscalización*.

Estas disposiciones moderadas del pueblo, tan perfectamente conocidas de los girondinos, eran precisamente las que ponían el colmo á su incertidumbre. En un banquete que celebraron el 1.º de Junio, Louvet excitó á todos sus compañeros para que partieran á sus respectivos departamentos tomando las armas para defender la Convención. Louvet se quedó solo. ¿No era aquello la guerra civil? Muchos que después se acogieron á este medio cruel todavía entonces le profesaban horror. Muchos

decían y repitieron siempre las palabras que se han encontrado grabadas en los muros de las cárceles: «*La muerte antes que el crimen*», (*potius mori quam fœdari*). Los girondinos prefirieron apurar la copa de su fatal destino. ¡Huir! ¿Era posible cuando la mayor parte de los veinticuatro mil hombres de los guardias nacionales en realidad se habían lanzado á la defensa de la Convención? Aun viendo que nadie les seguía tenían el convencimiento de que con ellos estaban la razón y la ley y así dijeron con noble filosofía: «¡Dejemos la guerra para que la utilicen los demás; nosotros somos la ley!»

Si los girondinos seguían viviendo la vida política debían mostrarse, sentarse nuevamente en los bancos de la Asamblea para vivir ó morir. De este modo quizás se hicieran fuertes. Al menos podrían contener la derecha.

¿En presencia de sus peligros, bajo sus miradas tristes, el centro los abandonaría? Había muchas probabilidades en su favor. Sus amigos de la derecha los buscaron, les hicieron cambiar de parecer y los perdieron.

La noche había sido terrible. Las hachas, el ruido de los tambores, las proclamas de la Comuna, tanta fuerza empleada por la noche debía convertir al día en débil para la vida pública. En la calle de Moulins, en un vasto edificio desierto, donde solo vivía el joven diputado de la derecha Meillan, espíritu noble, puro, enamorado de Danton, se reunieron los girondinos; Meillan hizo grandes esfuerzos para detener á los girondinos. ¿Hablaban en su nombre solo? Hablaban indudablemente expresando la opinión de toda la derecha que veía la proximidad de una escena sangrienta en los mismos bancos de la Asamblea. La derecha creyó que la presencia irritante de los girondinos era un perjuicio para ella, y sin embargo, resistió por la Gironda más aun de lo que lo hicieron los mismos girondinos.

¿Cómo estos hombres valerosos, sin embargo, se decidieron á aceptar su consejo? Ningún historiador lo ha dicho. Pero no hay necesidad de que nos lo digan. El golpe afrentoso que hundió á los girondinos fué la noticia que llegó el día 2 por la mañana refiriendo que habían muerto á ochocientos individuos. Pero ¿quién había ejecutado tan terrible matanza? Los girondinos ó al menos los que se disfrazaban con este nombre. La Gironda se hundió. Hasta entonces había representado el partido de la humanidad y en el último día de su vida iba á aparecer ante el pueblo con las virginales vestiduras salpicadas de sangre humana.

Un girondino, Buzot, que adoraba de corazón á madama Roland, cuando supo que esta había sido arrestada luchó á brazo partido con sus amigos, quiso abrirse paso diciendo: «Quiero morir en la tribuna.» Sus amigos lo detuvieron. Barbaroux fué más afortunado, pues logró escaparse después de haber ocupado con intrepidez el desierto banco de los girondinos. Los demás estuvieron en el palacio de Meillan, quien de



hora en hora prometió pasarles un aviso. Los girondinos quedaron mudos, inmóviles, perdidos por fatalidad.

En este mismo instante se evidenció la inocencia de Barbaroux ante el comité de Salud pública. En correos se incautaron de la correspondencia que se dirigía desde Marsella. La tenemos á la vista. No hay



CHABOT

nada que de lejos ni de cerca huela á realismo ni á complot contrarrevolucionario. Estas cartas, especialmente las de Gravet, están escritas por entusiastas republicanos, que se equivocan frecuentemente acerca del espíritu de la Montaña, siguiendo el error girondino de que los montañeses eran la fracción de Orleans.

El comité de Salud pública cuando leyó estas cartas quedó sorprendido, pero muy dolorosamente. ¿Qué hacer? ¿Cómo defenderlos ahora? El ministro Garat que estaba presente recordó la frase de Aristides en sus amenazadoras querellas contra Temístocles: «¡Oh, atenienses, jamás viviréis tranquilos si no nos arrojáis á los dos al fondo del abismo!»

Después recordó el expediente propuesto por una sección: «Que se

retirase la Gironda y que la Montaña tuviese en rehenes á los girondinos en los departamentos.» Cambon, Barere, Delmas y otros acogieron-se á esta idea. Danton se levantó con las lágrimas en los ojos. Yo me ofrezco para ir el primero en rehenes á Burdeos. Propongámoslo á la Convención, Barere salió inmediatamente hablando no en la tribuna, si no banco por banco con los jefes, sobre todo con Robespierre. Una palabra de éste burlándose maliciosamente hizo sospechoso á Danton: «Se trata de tender una red á los buenos patriotas» dijo Robespierre.

¿Qué hacer, pues? ¿Por qué otros medios se impediría la guerra civil? Robespierre no proponía ninguno. Confiaba aun sin duda en la eficacia de su *insurrección moral*.

La sesión, abierta bajo la presidencia del montañés Mallarmé, comenzó con un ataque terrible contra el comité de Salud pública, humillándolo y desarmándolo. Se leyó una carta de los magistrados de la Vendée, quienes desesperados habían huido, siendo saqueadas sus casas, despojados, vejados. Una carta especialmente significaba amarga acusación contra las decisiones de la Asamblea.

Estaban en su fuerza las insurrecciones volcánicas de la Lozere y del alto Loira.

Cuando Saint-André comunicó la noticia con su voz grave, su figura tétrica, sus luminosas miradas como si detrás del cristal óptico hubiera una luz encendida, causó una profunda sensación. «Ochocientos patriotas han sido degollados. Es necesario enviar por todas partes comisarios que arrasen obstáculos que se levantan para vivir libremente.»

La implacable é infatigable Comuna esperaba su turno para formular en la barra una petición contra la Gironda. Tocábase á generala por las calles de París. El sonido llegó hasta la Asamblea. Lanjuinais subió á la tribuna: «He de hablar precisamente acerca de ese toque militar...»

Y entonces, con la obstinación y el coraje de su fuerza bretona, sin prestar atención á los gritos de furor, á las amenazas que provocaba cada una de sus palabras, dijo á la Convención en qué consistía su envilecimiento, sus miserias. Prisionera desde hace tres días de una potencia, sierva de unas fuerzas asalariadas que la tienen en jaque con sus cañones, ¿qué ha hecho para defender su dignidad y la integridad de su representación?

«Una autoridad os ha usurpado vuestra autoridad y la arrastra por el fango de las calles de París. (Gritos violentos: «¡Ha insultado al pueblo!») ¡No, yo no acuso á París! Pero París está oprimido por los tiranos, es el instrumento de estos...»

«¡Miserable!—díjole Legendre,—¡tú conspiras desde la tribunas!» y corrió hacia la tribuna dispuesto á descargar sus puños.

Legendre, Thureau, Drouet, Chabot y Robespierre apuntaron con sus pistolas al pecho de Lanjuinais. Muchos diputados de la derecha ar-



mados también defendieron á Lanjuinais, quien con gran presencia de ánimo atacó á la Convención diciendo que esta debía de declarar fuera de la ley á las autoridades revolucionarias y á quienes se arrogaran tal poder.

Precisamente entonces penetran en la Asamblea estas autoridades y piden que sean arrestados todos los sospechosos de la Convención.

La respuesta del presidente Mallarmé fué más enérgica de lo que se esperaba. Montañés, pero viendo que la Montaña estaba decidida contestó de acuerdo con el sentimiento repulsivo de la mayoría de la Asamblea hacia semejante petición: «Si entre nosotros hay traidores es necesario primero descubrirlos para juzgarlos. Antes del castigo será preciso probar sus delitos.»

Se les envía al comité de Salud pública, quien debe informar en el transcurso de la sesión.

La Convención, alarmada al verse rodeada de todo un ejército, comenzó á asegurarse. Muchos diputados que habían salido observaron las disposiciones de los guardias nacionales, muy favorables para la Convención.

«Todo París está armado por vosotros—dijeron á la Asamblea cuando volvieron á entrar—por vosotros si sabéis portaros con nobleza y valentía: contra vosotros si os acobardáis.»

El comité de Salud pública, participando de esta creencia, hizo un informe atrevido manifestando que el comité revolucionario del Hotel de Ville debía de ser renovado. Esperaba que purgado de hombres del Obispado, concentrando su poder en manos jacobinas, sería más razonable, dudando antes de pedir ninguna medida envilecedora á la Asamblea.

El argumento que el comité de Salud pública podía hacer valer en el Hotel de Ville (y que presentó en seguida á la Convención) es que este comité revolucionario estaba compuesto en parte de extranjeros como Guzmán, *Proly*, etc.

La palabra *extranjeros* que sonaba entonces delatando los *agentes de Pitt* obtuvo un éxito milagroso. Hasta el mismo alcalde, el suizo Pache, debió de echarse á temblar.

El Hotel de Ville obedeció. El consejo general acordó que el comité revolucionario no se compondría más que de nueve miembros del *Departamento nombrados en la sala de los Jacobinos*. El Departamento era Lhuillier y Lhuillier era Robespierre. Estos nueve si querían podían nombrarse nueve adjuntos.

Lejos de tomar por adjuntos á los hombres del Obispado, los jacobinos arrestaron á Guzmán. Este hecho extraño se hace constar en el acta de la sección de Guzmán (la de la plaza de Vendome).

El mismo Guzmán confiesa que se le detiene en virtud de una medida de orden público. ¿Qué medida es? ¿La desaparición de una parte de la Asamblea? ¿La expulsión de la Convención en masa á la que des-

pués había de sustituirla la Comuna de París? Fácil es suponerlo. Lo que resulta indiscutible es que él repitió el 2 de Junio lo que había dicho ya el 31 de Mayo en su sección: *Que la insurrección había sido traicionada por los mismos que la prepararon*. ¿Qué hubiera ocurrido si estas palabras se hubiesen proferido en la plaza pública ante el ejército y los patriotas?

¿Es cierto que Robespierre no tuvo intervención en este suceso y que no fué una orden suya el encarcelamiento del jefe del Obispado? ¡Un jefe de insurrección arrestando á otro jefe de insurrección también! No podemos suponerlo. No hay más que diez minutos de distancia para un correo á caballo, desde el Hotel de Ville á las Tullerías.

Lhuillier en este momento dictador del municipio de París, como jefe de los Jacobinos consulta ciertamente con su jefe acerca del arresto de Guzmán y recibe por Henriot la consigna necesaria ante la actitud imprevista de la Convención.

El presidente Mallarmé contestó enérgicamente: «Es necesario juzgarlo.» Se intentó torpemente aterrorizar la Asamblea. Algunos desde las tribunas preparadas de antemano gritaron: «A las armas.» Después un diputado de la derecha dijo en tono quejumbroso: «¡Salvad al pueblo de él mismo! ¡Salvad á vuestros correligionarios decretando su detención provisional!»

Esta debilidad ó candidez provocó grande indignación.

No solamente el centro y la derecha, si no una parte de la izquierda, la Convención casi en masa gritó: «¡No, no!»

¡Espectáculo extraño! No hubo más que unos treinta diputados que permanecieran sentados, los maratistas y los montañeses jacobinos, amigos de Robespierre.

La Montaña no jacobina (Cambon) y la montaña dantonista (Gregoire) hicieron causa común en este hecho con la derecha.

El papel de los Jacobinos era muy expuesto. Creyeron hacer la insurrección por la Montaña contra la derecha, pero al protestar justamente con esta resultaba que la insurrección se hacía contra la Montaña misma.

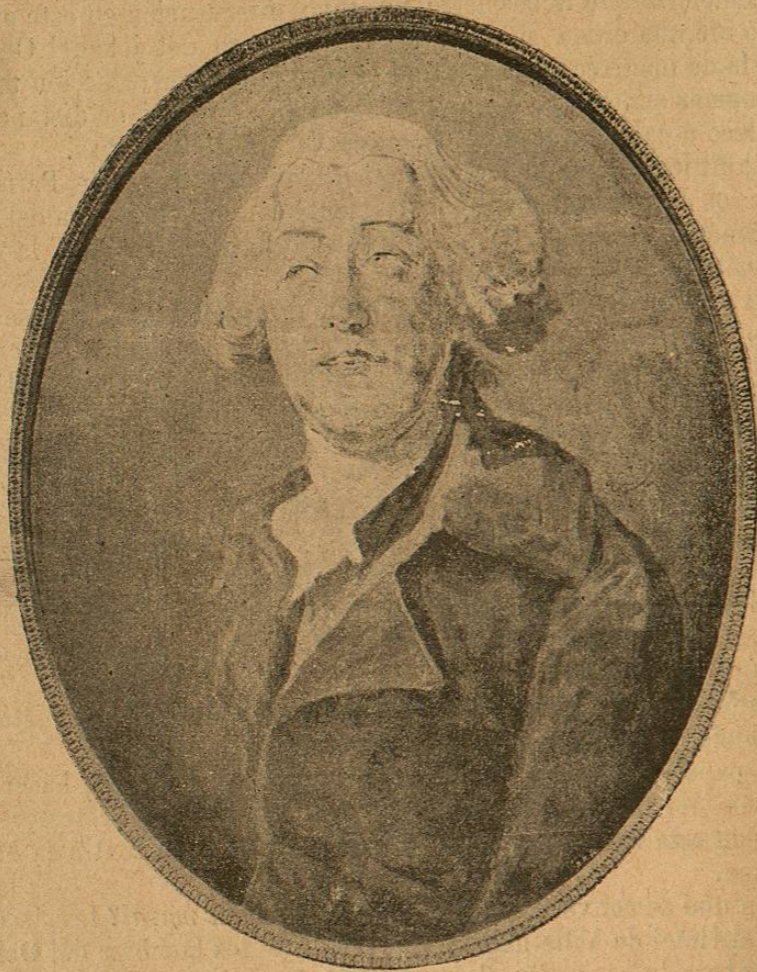
¿En qué se convertía el plan de *insurrección moral*? Los Jacobinos que en el Hotel de Ville habían suplantado á los hombres del Obispado sufrían ahora la acusación de estos. ¿Qué conducta observarían en la Asamblea? ¿La amenazarían? Seguramente estas amenazas hubieran fracasado, lo mismo formuladas el 2 de Junio que el 31 de Mayo. El Obispado hubiera podido decir entonces: «Nosotros hemos producido la insurrección: los Jacobinos la han arrancado de nuestras manos para traicionarla.» Los Jacobinos hubieran seguido la misma suerte que la Gironda.

Los robespierristas se colocaron ante difícil dilema. Siendo imposible la realización de la *insurrección moral* debía de hacerse la *insurrección brutal*, la violación pública de la Convención.



Durante las idas y venidas del Hotel de Ville á las Tullerías y de las Tullerías al Hotel de Ville se perdió una hora de tiempo. Los comisarios enviados á ella emitieron su informe. Levasseur pronunció un

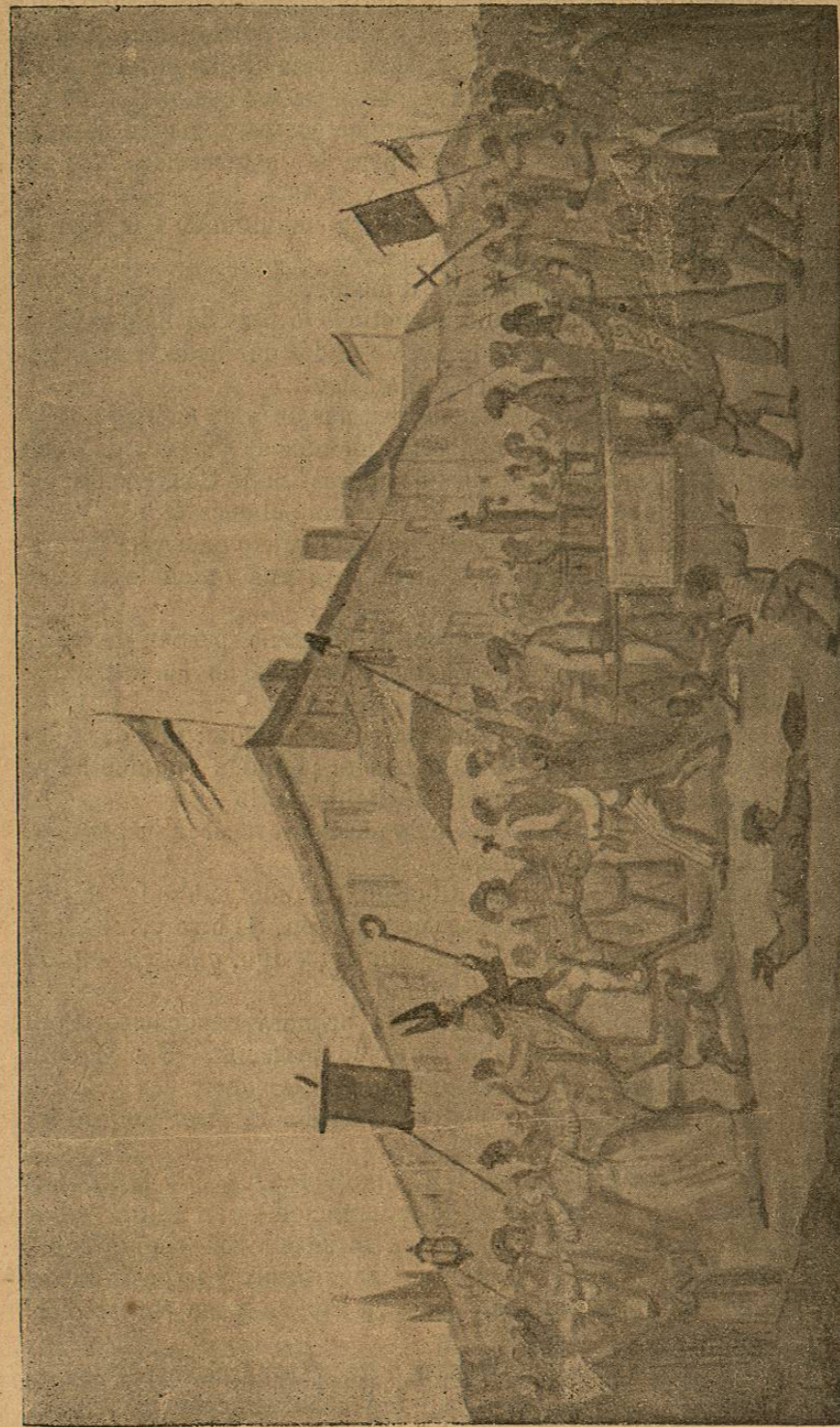
EL POETA DE LA REPÚBLICA



JOSÉ MARÍA CHENIER

violento discurso contra la Gironda y pidió el encarcelamiento de los girondinos. Montañés honrado, heroico, hombre de grandes anhelos, era por lo demás crédulo, inocente en proporción con su fanatismo y cayó contra la Gironda con la misma furia que el ejército del Norte contra los húsares austriacos.

Barere leyó el informe del comité de Salud pública.



Mascarada de gentes del pueblo disfrazadas con vestiduras sacerdotales y llevando objetos del culto.  
(De una acuarela de la época. Colección Henmin)